

IN MEMORIAM

ILMO. SR. D. CARMELO VICENT
SURIA

Cristianamente, como había vivido, falleció en su casa de Valencia, el día 10 de noviembre de 1957, el laureado y fecundo escultor, Académico de número de San Carlos, Ilmo. Sr. D. Carmelo Vicent Suria, después de larga y penosa dolencia, sufrida con ejemplar resignación y elevado espíritu que le hicieron ocuparse, más que de sí mismo, pese a la gravedad de su estado, de los grandes amores de su vida: sus hijos, la



Escuela y la Academia de San Carlos y Valencia misma, tan damnificadas por la inundación que, unas semanas antes, se había desencadenado con furia insospechable. Y, sin duda, la gran catástrofe fue parte en precipitar su óbito, a juzgar por el impacto psíquico que produjo en su delicada sensibilidad de artista y valenciano.

Había nacido en 13 de noviembre de 1890 en la cercana villa huertana de Carpesa, donde, en sus años más mozos, había ennoblecido sus manos con el contacto de la tierra nativa, a la que cultivó con el mismo cariño que luego supo llevar a sus afortunadas plasmaciones diversas del labrador valenciano, tema frecuente en su arte, del que hay una bella interpretación en el monumento simbólico que erigió Valencia en una de sus vías principales. Mas, pronto, consolidada su vocación artística, pudo entregarse plenamente a ella en la Escuela de San Carlos, vivero permanente de pintores y escultores, que le formó en su oficio, completando, con la técnica, las naturales disposiciones, ciertamente de excepción, con que le había dotado el Creador.

Una vida densa de trabajos y sufrimientos, que su delicada sensibilidad hacía casi permanentemente dolorosa, fue desarrollando en Valencia, en Madrid, y de nuevo en Valencia, siendo tantas sus obras como sus triunfos artísticos, y sus amigos tantos como personas le conocieron y trataron.

Primera Medalla nacional desde 1940, catedrático de Talla escultórica en su Escuela de San Carlos desde 1942, y Académico de número de la Real del mismo título desde 1943, era una auténtica institución en Valencia, no sólo en la capital, que tantas obras suyas conserva, de carácter re-

ligioso y profano, sino también en los pueblos, muchos de los cuales guardan con orgullo tallas del maestro, las más de tema piadoso, aureoladas ya, por su unción y belleza, del más encendido fervor popular. Particularmente, la imagen de Jesucristo, crucificado o yacente, entronizado o mostrando su Corazón, interesó al alma poética y aun mística de Carmelo Vicent, que supo arrancar del leño o de la piedra, en talla directa muchas veces, con intuición afortunada, interpretaciones inspiradísimas de la figura del Salvador.

Pues nuestro artista era poeta, y no sólo por extensión y en sentido amplio o metafórico, sino literalmente, hasta el punto de que compuso muchos versos, con preferencia en valenciano, y aun piezas teatrales completas, en varios actos, que se estrenaron con éxito en los escenarios locales.

Poéticamente también, es decir, como maestro y padre y con el corazón a flor de piel, trató siempre a sus alumnos y éstos le correspondieron en igual medida, como pudo comprobarse en el acto de su entierro, donde, entre las ruinas y montones de barro de la Valencia recién inundada, le acompañaron, con los profesores de "San Carlos", representaciones de la Ciudad y muchas entidades, a su última morada terrena, el cementerio rural y evocador de Carpesa.

Sus virtudes, a un tiempo llenas de humanidad y de sentido cristiano de la vida, le habrán valido ya lo que más importa, la anhelada visión de Dios, Belleza inmarcesible.

F.

EXCMO. SR. D. ELIAS TORMO MONZÓ

El día 22 de diciembre último falleció en Madrid, coronando con una muerte cristiana una existencia fecunda y dilatadísima, este ilustre valenciano, natural de Albaida, Académico correspondiente de San Carlos y miembro de muchas de las más importantes corporaciones artísticas, históricas y culturales de Europa y América, cuya labor personal y de magisterio en el campo de las Bellas Artes es ingente y de excepcional transcendencia.



Habiendo nacido, según se ha dicho, en la blanca ciudad albaidense el 23 de junio de 1869, cursó estudios, de la licenciatura de Derecho en Valencia, y los de la de Filosofía y Letras, más ambos doctorados, en Madrid, ganando poco después, a sus veintiocho años, la cátedra universitaria de Derecho natural en Santiago de Compostela y más tarde, por nueva oposición, motivada por curiosas circunstancias, que él mismo narró

con gracejo en una breve autobiografía que acompaña a la selección de sus trabajos editada hace pocos años por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la de Teoría de la Literatura y de las Artes, que en 1903 pasó a desempeñar en la Universidad de Madrid, y luego la de Historia del Arte, en los cursos del doctorado de Filosofía y Letras de dicho centro docente.

Académico de número de la Real de Bellas Artes de San Fernando desde 1912, y de la Historia desde 1919, desempeñó en ambas corporaciones diversos e importantes cargos y cometidos, pero sobre todo redactó muchos informes, siempre luminosos, en sendos expedientes de declaración oficial de monumentos y en muchas otras ocasiones.

Tuvo también una destacada actuación política a las órdenes de don Antonio Maura, como Diputado, Senador y Vicepresidente del Senado. Fue Rector de la Universidad de Madrid, Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, en 1930, y antes había ocupado también un escaño en la Asamblea Nacional durante el Gobierno de don Miguel Primo de Rivera.

Pero, sobre todo, la tarea, la verdadera misión de este profesor singular y activísimo, fue la docente, con su actividad enlazada, y aun subordinada, de la investigación, y la consecuencia, feliz y fecunda, de haber creado una escuela histórico-artística española, extendida ya a varias generaciones académicas, que son todas tributarias, más o menos, y más o menos directamente, de don

Elías Tormo en mucho del material que manejan y en no poco del criterio con que lo hacen.

De su entrega total al trabajo, tan noble como fatigoso, de orientar, alentar y acompañar al alumno, hay tantos testimonios como fueron los que pasaron por su cátedra, y de sus visitas a monumentos y a museos, especialmente al del Prado, de sus excursiones por las ciudades y los caminos de España, dirigiendo grupos, principalmente de universitarios, hay un curioso anecdotario revelador de aquel interés docente, de su resistencia física e intelectual casi inagotable, y de cómo, captador insaciable de datos y detalles, fue, con sus cuadernillos de notas, llenos de letra menuda característica, registrando cuanto de notable veía en conventos y castillos, colecciones y catedrales, archivos y museos de España. También recorrió con igual atención estu- diosa, ahora las más de las veces solo, el resto de Europa y el Oriente próximo, desde el Ermitage de San Petersburgo —cuya rica sala española ha descrito minuciosamente— y otros museos rusos, que visitó antes de la revolución, a las galerías escandinavas y británicas; desde los santuarios y las ruinas gloriosas de Tierra Santa, Grecia o Egipto, a los monumentos de Constantinopla o de Roma, de los que, concretándose a los de fundación o vinculación hispánica en la Ciudad Eterna, escribió un libro tan grande en extensión y formato como en valor histórico y crítico, aprovechando el paréntesis de nuestra guerra. Especial mención debe tener en este lugar su obra his-

tóricoartística sobre temas valencianos: las tablas de Játiva, los Osona, los Ribalta, Yáñez de la Almedina. Vicente López, la Catedral gótica y los Museos de Valencia, fueron temas predilectos de su estudio sagaz, penetrante y escrupuloso, que en estas ocasiones se veía acuciado, aún más, por la afección vernácula. De todo, quedó como un resumen su guía "Levante", manual pero enciclopédica, resumida e ingente, verdadero catálogo monumental, que, entre tantas desdichas de nuestro tesoro artístico, es consuelo y privilegio, pues siendo el primero y único volumen de una serie anunciada, dejó a Valencia, entendida en su mayor amplitud regional, provista del mejor vademécum artístico y viajero imaginable, que sólo podía hacer quien reunía en sí tantas aptitudes, experiencias y noticias, con el cariño, además, de quien había recorrido mil veces todo lo que describía, considerándolo como, lo que para él era en verdad, su parcela más entrañable y familiar.

G.

EXCMO. SR. D. VICENTE
CASTAÑEDA ALCOVER

Pérdida singularmente dolorosa, para nuestra Academia, ha sido la de su Correspondiente en Madrid, decano de los de esta clase, el excelentísimo señor don Vicente Castañeda Alcover, ilustre personalidad

del mundo de las letras, de la historia, de las artes y, en general, de la cultura, con amplia dimensión de verdadero humanista, fallecido en Madrid, en mayo último, con general sentimiento de los muchos que le conocían y admiraban.

Don Vicente Castañeda, aunque nacido en la capital de España, pertenecía a una arraigada y prestigiosa familia valenciana, por lo que se consideraba —y como tal actuó en todo y por todo— como el más auténtico y castizo hijo de esta tierra, lleno de interés por su historia, su tradición y sus instituciones, a las que bien demostró su actuante simpatía, considerándose valedor de los intereses espirituales de Valencia en todo momento.

Su sensibilidad y buen gusto, tantas veces acreditado, le llevaron a amar todas esas manifestaciones, expresivas del tono de una época, verdaderas flores de la cultura, sólo pequeñas en tamaño, cuales son las miniaturas, las acuarelas, las tarjetas de visita y, en general, las obras de arte delicado y sutil.

Este mismo sentido de la vida le hizo moverse con plena y sincerísima entrega en el mundo peculiar y refinado de las Academias, en cuyo servicio se distinguió notablemente, como individuo destacadísimo y Secretario perpetuo de la Real de la Historia, como Académico correspondiente de otras ilustres corporaciones, entre ellas esta de San Carlos, lo que él tuvo en gran honor, y como Secretario General del Instituto de España y del Consejo Nacional de

Educación, entidades del mayor prestigio nacional que se vieron favorecidas con su sabia, eficiente e incansable actividad.

Fecundo historiador, genealogista y crítico, cabe destacar entre los numerosos títulos de sus publicaciones, como más relacionados con las artes plásticas o con el país valenciano, los de "Arte del Blasón", "Diccionario heráldico", "Relaciones geográficas, topográficas e históricas

del Reino de Valencia", "Los cronistas valencianos", "Don Vicente López Portaña, ilustrador del libro", y su estudio, tan útil, sobre "El altar de plata de la Catedral de Valencia", aparecido en este mismo ARCHIVO DE ARTE VALENCIANO, número 2 de 1917, entre otros.

La Academia, que con tanto honor le contó en sus filas, lamenta cordialmente este óbito dolorosísimo.

G.

¡Descansen en paz!

